

Antonio Somoza Tomás
 ABOGADO DE
 LOS JUZGADOS
 Cuatro Santos, 48 - Cartagena

Organo del Centro de Acción Social Católica

REDACCION Y ADMINISTRACION: DUQUE, NUM. 15 bajo

GINES CASTILLO MONTIEL
 ABOGADO.
 CARTAGENA CIEZA
 - Mayor, 3-1.º Cánovas, 12

Acción Social Católica

Seguramente que para muchos sería un problema difícil, contestar a esta pregunta: ¿en qué consiste la acción católica?

Hace pocos días, en la velada que el Centro Católico celebró en el Patronato, nuestro buen amigo y compañero de prensa señor Mayor, nos habló algo, aunque indirectamente y muy a la ligera, de esta materia, sobre la que vamos a insistir hoy brevemente.

Anotemos que la acción social católica, no es nada nuevo, ni representa el último programa del clericalismo.

La Iglesia católica, siguiendo las eternas normas predicadas por Cristo, de hacer reinar *el amor* entre los hombres ha venido a través de su existencia predicando con la palabra y el ejemplo el «amós los unos a los otros.»

Antes, que la religión era sentida por el hombre, porque más espiritualizado supo compenetrarse con ella, la acción católica no era tan necesaria.

Hoy, en cambio, que materializado el espíritu por el ambiente industrial y comercial de la época agitado en febril dinamismo, y por el constante tejer y destejer de teorías y doctrinas filosófico sociales enfangadas en un positivismo grosero, iba el hombre caminando al olvido más craso de su Dios, olvidando las obligaciones que con El le ligan, y las relaciones que su propia naturaleza le demanda, era necesario atajar esos males encarnados ya en la sociedad precisando una acción directa a la vida pública, dirigiendo *el amor cristiano al organismo social y a cada uno de sus múltiples integrantes*, siendo en realidad este y no otro el objeto y fin de la Acción Social Católica.

Infiltrar el espíritu cristiano en la sociedad; eh ahí *el programa* de esta Acción. ¿Y hacia donde se orientará?

Primeramente en el *individuo*, para formar católicos prácticos y completar el ejército de «aquellos que están con Cristo» a fin de distinguirlos de los que están contra El.

Después en la *familia* para robustecer la reciedumbre cristiana de su tronco veinte veces secular, hoy ya picado por la víbora del amor libre, aunque su veneno estampado como saliva reseca, no ha podido perforar tan siquiera su corteza.

A continuación en el propio *organismo social*, y de ahí tomó su nombre, velando por el desvalido; amparando el derecho del débil y oponiéndose a la soberbia del poderoso; uniendo las fuerzas del obrero y del patrón para acabar con la lucha de clases, sembrando entre todos *el amor*, y obteniendo un sin fin de leyes protectoras que han ido apagando los odios y conteniendo la avalancha roja de la destrucción social.

Ultimamente en *política* pero no para hacer política, sino como dice S. S. el Papa Pío XI, para buscar mediante ella la mayor protección a los intereses religiosos y a los intereses públicos de la comunidad. Es decir, procurar cristianizar la ley porque al darle como se da para la sociedad, si va infiltrada por el buen espíritu, o sea cristianizada, cristianizaremos mediante ella a los pueblos.

¿Quién comprendiendo todo esto no se adelanta, si es que es verdadero católico, y pone su actividad al servicio de la Acción Social Católica?

YA VIENE (ADVIENTO)

Antes del Cristianismo.

Adán y Eva fueron testigos de las palabras que dijo Dios a la serpiente del paraíso que les incitó a pecar. «Pondré enemistades entre tú y la mujer, tu descendencia y la suya, etc.» Muy bien debieron entender la «promesa» y con esta esperanza mitigarían las penas que les trajo el pecado...

Yo me imagino al padre Adán, en una tarde de verano, después del trabajo, sentado sobre una roca; sobre sus rodillas un niño de cuarta generación que juega con su patriarcal barba blanca; escuchándole así un centenar de sus descendientes, les cuenta una vez más su pecado, el de sus hijos, la tragedia nuestra, la del mundo; mientras tanto Eva se tapa la cara con las manos. De pronto se anima su voz, levanta la cabeza, brillan sus ojos. Habla del Redentor y de la madre del Redentor; prometidos en aquellas palabras. El le quiere, lo espera, lo ama El que vio a Dios una tarde en el paraíso (y muchas) sabe que sus palabras no faltarán.

Aquí empieza una tradición, que a través de los Profetas y Patriarcas, dura hasta Cristo. A Abraham le dice Dios que «en un descendiente suyo serán bendecidas todas las naciones» Moisés pide al Señor «que envíe al que ha de enviar»: Isaias sin poderse ya contener exclama: «caiga el rocío de arriba, lluevan las nubes al justo, ábrase la tierra y germine al Salvador...» En los días que apareció Cristo, había en Jerusalén un varón justo y temeroso que esperaba la redención de Israel; a este había hecho promesa el Espíritu Santo de que no moriría sin ver al Cristo del Señor...» Lo vio y dijo solemnemente que ya podía morir.

Después del Cristianismo

En conmemoración de esta secular expectación del Mesías señala la Iglesia el santo tiempo de Adviento, en preparación de Navidad.

A casi todas las grandes fiestas pone la Iglesia un día, por lo menos, de espiritual preparación, que en algunas lleva hasta obligación de ayuno. Es, pues, razonable que la gran Pascua del Nacimiento de N. S. Jesucristo estuviese precedida de toda esta preparación de toda esta preparación

del Adviento, que no es más que una gran víspera de Navidad.

En nuestras casas, las vísperas de las fiestas, todo es limpieza y preparación: se sacan las telas de seda y las joyas para adornar más las habitaciones, se preparan las mejores comidas y los mejores vestidos.

Esta reflexión nos debe animar a preparar las fiestas dentro de nuestra alma: una limpieza por medio de la confesión y sacar las joyas de buenas obras. Lo diré más claro y sin alegorías: menos ruido, menos disipación, más recogimiento interior. Más rato en la Iglesia, más meditación y lecturas espirituales, más frecuencia de Sacramentos.

Con estas buenas obras y con la alegría del corazón, pidámosle que venga, que venga pronto, que no tarde, que no tema al frío; que con las mantas de nuestras buenas obras le abrigaremos para que no lo sienta.

En la liturgia de todo este tiempo, dice la Iglesia al pueblo fiel: «Consuélate, pueblo mío, consuélate. Pronto vendrá tu salud; no te consumes de tristeza.»

JOVENES CATOLICOS!

Por iniciativa del Centro de Acción Social Católica, se ha constituido en nuestra ciudad una «juventud católica» que por los muchos y valiosos elementos que la integran, ofrece garantías de un porvenir halagüeño para el catolicismo individual y social.

Por coincidir la constitución y junta primera de la naciente «juventud» con la salida del presente número de «EL ARCO», sentimos no poder dar más detalles impedidos además por el exceso de original. Esperamos, en el próximo número hacer la presentación de la *Juventud Católica cartagenera*, con cuantos datos nos dé su junta directiva.

Como conocemos la importancia tan extraordinaria que encierra para los jóvenes católicos, estas juventudes, bendecidas especialísimamente por nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI f. r., invitamos a los jóvenes que no se avergüenzan de llamarse y aparecer como católicos para que presten su cooperación personal inscribiéndose en las filas de la naciente juventud.